

Cuadernos del Sur

Año 14 - Nº 26

Abril de 1998

Tierra  fuego
del

El *Manifiesto Comunista* visto desde América latina

Emir Sader



1. ¿Qué lectura se puede hacer hoy del *Manifiesto Comunista* desde la América latina? Antes de esto, ¿tiene sentido una lectura latinoamericana?

El *Manifiesto Comunista* fue construido como una interpretación programática de las luchas de clase en el capitalismo, a partir de su forma hasta entonces más desarrollada, aquella protagonizada esencialmente por los movimientos obreros inglés y francés. La periferia del capitalismo existía para el capital, pero no encontraba aún la forma de expresión orgánica de la lucha de clases, la forma en que el *Manifiesto* las pensaba.

Aunque en forma distinta a *El capital*, el *Manifiesto* remitía a leyes generales de desarrollo de la lucha de clases, junto a definiciones programáticas de los comunistas. El proceso histórico era pensado en su extremo, en su forma más elevada de desarrollo, como formas en dirección a las cuales tenderían sus expresiones menos desarrolladas.

El hecho que el proceso histórico haya tomado una vía que no corresponde a esa proyección recoloca

el tema de la lucha de clases en su historicidad concreta. Cuando Lenin decía que era más fácil comenzar la revolución en la Rusia atrasada pero mucho más difícil construir el socialismo, el apuntaba a la revolución en la Europa desarrollada como posibilidad de rescatar la revolución rusa.

A partir del momento en que la revolución alemana fracasa, en esa perspectiva la revolución rusa estaría condenada al dilema: encerramiento en un solo país, con todas la consecuencias que de allí se desprenden, o sobrevivir jugando todas sus cartas a la recuperación de la revolución europea. En los dos casos, el movimiento comunista internacional no formuló una estrategia para el proceso de la lucha de clases realmente existente. En la primera visión la sobrevivencia de la URSS asumió un privilegio estratégico en detrimento de la extensión del proceso revolucionario, orientación más problemática aún cuando el estalinismo desnaturalizó el carácter de las conquistas revolucionarias de 1917. En la segunda

mantiene la expectativa de que el proceso revolucionario mundial solamente podría avanzar a partir de la Europa desarrollada, cuando la configuración histórica de la lucha de clases asumía un itinerario distinto.

Si es cierto que, desde *La ideología alemana*, Marx ya había advertido que el comunismo, en condiciones de atraso económico, representaría tan solo la socialización de la miseria y la regresión histórica, el capitalismo realmente existente condenó a la periferia capitalista a no repetir de forma atrasada el itinerario de los países desarrollados, sino al estancamiento y al atraso. Dos formas diferenciadas de inserción en el mercado mundial, con sus correspondientes estructuras sociales internas, fueron los resultados del proceso de desarrollo desigual del capitalismo.

Sociedades con «mayoría de pobres» y sociedades con «minoría de pobres», como algunos descriptivamente las definen. O sociedades autocentradas y sociedades dependientes. O sociedades integradoras y sociedades excluyentes. Todas las definiciones captan aspectos reales, aunque parciales e insuficientes, para comprender su dinámica esencial.

El capitalismo reservó destinos muy diferenciados para la mayoría de la población de uno y otro tipo de sociedades. Más aún cuando había pleno empleo en los países capi-

talistas desarrollados y un excedente estructural de mano de obra que relegaba a los países periféricos a una correlación de fuerzas mucho más desfavorables para luchar por mejores condiciones de vida.

2. En estas condiciones, ¿qué papel fue reservado al *Manifiesto Comunista* en un continente como América latina? Independientemente de los análisis históricos, donde podemos situar más concretamente influencias y raíces historiográficas, del punto de vista político —esto es, de la lucha de clases, plano en el que se pretende situar *el Manifiesto*— su papel puede ser resumido en dos niveles.

El primero, sirvió como carta de presentación del marxismo para generaciones y generaciones de jóvenes, intelectuales, militantes y de quien quisiera interesarse por el destino del capitalismo y del socialismo, del mundo y de la historia en general. La idea de que «la historia de los hombres es la historia de la lucha de clases» y de que esta es el «motor de la historia», idea central del *Manifiesto*, tuvo una influencia generalizada en el continente, siendo el *Manifiesto Comunista* su medio central de difusión. Puede decirse que esas ideas esenciales solo se encontraban formuladas expresamente en el *Manifiesto*. Puede leerse *El 18 Brumario*, *El estado y la revolución* de Lenin, la parte inicial la

La ideología alemana, pero es a través del *Manifiesto* que las formulaciones clásicas del marxismo llegaban, salvo que quisiéramos someterlos a los manuales, tanto de autores del marxismo occidental –Lefebvre, antes de todo– como de los amanuenses de la Academia de Ciencias de la URSS. En este plano el *Manifiesto* cumplió plenamente la tarea de presentar al debate público una de las interpretaciones fundamentales del mundo contemporáneo.

De alguna forma pesaba sobre las nuevas generaciones el peso de las tradiciones, más aún si ellas venían legitimadas por las interpretaciones difundidas por los países socialistas existentes hasta aquel momento, la URSS en primer lugar, secundada por la China. Ese aspecto se reforzaba si tomamos en cuenta el título original: *Manifiesto del Partido Comunista*, lo que remitía a un partido y, en aquellas circunstancias históricas, a una analogía inmediata con los partidos comunistas vinculados a la URSS, y a su interpretación de la historia.

El *Manifiesto* contribuyó así a propagandizar las ideas de Marx, pero, por su propio peso –teórico, por la densidad de las formulaciones, y político, por el movimiento comunista internacional que aparecía por detrás de él– tuvo que ser al mismo tiempo asimilado como formulación expresa de las leyes de

la historia de nuestro continente, para poder ser incorporado creativamente.

3. Uno de los temas centrales en debate en la izquierda latinoamericana recorría las alternativas de interpretación sobre la forma de reproducción de las clases sociales en el *Manifiesto* y sus diferenciaciones en relación al centro y a la periferia capitalista. Como consecuencia de una transposición mecánica del esquema del *Manifiesto*, el «obrerismo» comandó los análisis de clase de la izquierda en América latina. No solamente la tan mencionada «subestimación del campesinado» y, con ella, de la cuestión agraria, como la ausencia prácticamente total de «los pobres de las ciudades», los subproletarios, que se fueron convirtiendo en la mayoría de la población urbana a lo largo de las décadas de la segunda mitad del siglo. Sí es verdad que prácticamente en ningún país del mundo la clase obrera fue mayoritaria, pero de cualquier forma ella se constituyó como núcleo homogéneo y consistente en los países de capitalismo desarrollado, propiciando la hegemonía de la categoría trabajo y, principalmente, una visión reduccionista del trabajo, en términos de obreros urbanos. Como reflejo de esa visión, el movimiento sindical, urbano, fue la expresión más utilizada de la fuerza social de los partidos de izquier-

da y, como regla general, de la hegemonía de los partidos comunistas. Esto pasaba no solo en los países de mayor desarrollo relativo, sino también en El Salvador, en Nicaragua, en Cuba o en Perú. La prevalencia de ese esquema orientó la mayoría de los análisis, que podrían haber captado de forma más definida las particularidades del movimiento de reproducción de las clases subalternas en América latina, más allá de bloquear una evaluación más real de la efectiva correlación de fuerzas existente en cada país y en el continente como un todo.

Uno de los resultados fue que aquí, tal como en Europa con la revolución rusa, el viejo topo sorprendió también a la izquierda. La revolución no vino de Argentina, de México, de Brasil o de Perú, sino de las «atrasadas» Cuba y Nicaragua y persistió prolongadamente su fantasma en El Salvador y Guatemala, igualmente primario exportadoras. Por aquí también la revolución no explotaba como resultado de la persistente socialización del trabajo, del proceso de industrialización y urbanización, sino de las contradicciones no resueltas a lo largo del proceso de constitución de los capitalismo agrarios nacionales y de la forma como se constituyó el poder del imperialismo norteamericano, esto es, de la forma de reinserción de las economías nacionales en la

nueva división internacional del trabajo, en el pasaje de la hegemonía inglesa a la norteamericana.

De ahí que la revolución cubana también fuese una «revolución contra el capital», tal como Gramsci se había referido a la revolución soviética y, de alguna forma, también revoluciones contra el *Manifiesto Comunista*, en el sentido que su interpretación más generalizada tuvo en el continente. No fue la clase obrera, en strictu sensu, su sujeto social, ni un partido comunista su dirigente político. Fue un proceso de liberación nacional, donde las cuestiones nacional y democrática comandaron la dinámica que llevó al proceso revolucionario a una ruptura anticapitalista, mediada por los enfrentamientos con el imperialismo norteamericano en un contexto de guerra fría.

Se repetía, de otra forma, la experiencia soviética. A diferencia de ella, Cuba pudo apoyarse en el entonces llamado «campo socialista», sustituyendo la acumulación socialista primitiva, que tanta sangre, sudor y lágrimas había costado a Rusia. Fue solamente con el fin de la URSS que Cuba se vio delante del dilema de: «el socialismo en una sola isla», que la llevó a la política económica actual.

El anticapitalismo emergió así no de la maduración de las contradicciones de clase, sino de las tareas nacionales y democráticas no resuel-

tas. La historia concreta recolocaba dinámicas que los esquemas teóricos no podían y no deseaban captar. Lo que no impidió que el *Manifiesto Comunista* quedara como un texto solemne, de propaganda de ideas, de formulación de un determinado ritmo y dirección del proceso histórico, que serviría como norte general.

Por ello, ese norte apuntaba siempre hacia una referencia original – el socialismo era antes que todo un fenómeno de desarrollo y agotamiento de las potencialidades del capitalismo. La generalización de la categoría de trabajadores señalada en el *Manifiesto* evidencia una tendencia real. De ahí que la forma concreta en que los procesos históricos la reproducirán un siglo y medio después requiera de la redefinición de la categoría trabajo y de la de trabajadores, así como de repensar la dinámica de la lucha de clases a escala mundial.

Donde existió, bajo la forma que existió, el socialismo se reveló como un instrumento de recuperación del atraso en el desarrollo económico, compatible, hasta cierto punto, con la redistribución de la renta, especialmente mediante los derechos sociales universalizados. Este aspecto es el que recorre sus diferentes formas de existencia: de la URSS a China; de Cuba al Vietnam; de la ex Alemania oriental a la Nicaragua sandinista.

4. Por ello, el sentido general del desarrollo histórico de la América latina difícilmente pueda ser entendido por fuera de la lógica propuesta por el *Manifiesto Comunista*. La descripción de Marx respecto a la forma como el capitalismo retotaliza todas las dimensiones de la vida de las sociedades a que llega, es el factor clave en la comprensión de la forma como se articulan las historias de las sociedades latinoamericanas dentro del proceso internacional de acumulación capitalista. Se trata de la mención de Marx del descubrimiento de América como «un nuevo campo de acción» para el voraz capitalismo naciente.

La periodización de nuestra historia solo puede ser entendida, en esta óptica, como expresión de las necesidades de acumulación de las economías capitalistas centrales, que determinan los ciclos de explotación de las materias primas que les interesan y que son rentables como emprendimientos capitalistas de explotación colonial.

La propia naturaleza de esa explotación colonial solo puede ser aprehendida si la pensamos como un emprendimiento capitalista a escala mundial, como forma de integración subordinada a ese sistema. De ahí que el imperialismo estuviera presente desde el comienzo, como modalidad de articulación de la relación de la periferia con el centro del sistema.

La revolucionarización incesante de los instrumentos de producción tiene que ser enfocada en esta perspectiva: el capitalismo no está necesariamente comprometido con el desarrollo de las fuerzas productivas en esta parte del mundo. Su significado solamente emerge encuadrado en el proceso de acumulación en escala mundial, de la misma forma que la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción.

En este marco –el del sistema capitalista como realidad histórica mundial, con su desarrollo desigual– es que deben ser entendidos los fenómenos históricos latinoamericanos, en particular las transformaciones históricas fundamentales, incluidos sus procesos revolucionarios. Si la revolución cubana ganó una transcendencia que otros procesos no tuvieron, como la revolución mexicana y la boliviana, por ejemplo, se debió a la capacidad de lectura de sus dirigentes de la fuerza inercial y del significado de su movimiento a la luz de los enfrentamientos globales entre capitalismo y socialismo. Si se hubieran queda-

do con una comprensión mecánica del *Manifiesto Comunista*, se hubieran propuesto alcanzar la industrialización en Cuba mediante una alianza subordinada con una fracción burguesa, supuestamente interesada en ese proceso.

Es en este sentido que al negar una visión inmedatista del *Manifiesto Comunista*, al ser una «revolución contra el *Manifiesto*», la revolución cubana terminó por afirmar las leyes generales del proceso histórico, comprensibles en una interpretación que piensa a la ortodoxia marxiana como una cuestión de método –conforme a la concepción de Luckas– y no de tesis. En esta óptica –y solo en ella– es que tiene sentido el tema de la actualidad del *Manifiesto Comunista*, en el plano de la realidad histórica concreta, donde los principios motores emergen como condición de inteligibilidad de lo real.

Río de Janeiro, marzo 1998.

(Traducción del portugués: Eduardo Lucita.)